

tiguo al de Anspach, y reservado para la Prusia, debía deslindarse de una manera más regular, tomando en el del mismo Anspach un dominio de veinte mil habitantes; pero en el segundo tratado ya no se hizo mérito de esa adquisición. En una palabra, nuevas obligaciones se impusieron esta vez á la Prusia, precisada á constituirse garante no solamente del estado actual del imperio francés con los arreglos que acababan de cumplirse en Alemania y en Italia, sino que se le exigió que había de salir también garante de los futuros resultados de la guerra comenzada contra Nápoles, ó lo que es lo mismo, del destronamiento de la casa de los Borbones y de la elevación al trono de las Dos Sicilias, con tal motivo presumida, de un miembro de la familia de Bonaparte. Esa era en verdad una de las condiciones más duras entre las recientemente impuestas á la Prusia; porque hacía la situación de este rey para con el emperador Alejandro mucho más escabrosa que nunca lo había sido, en razón del abierto patrocinio de la Rusia respecto á los Borbones de Nápoles.

Ocioso fuera decir que las garantías eran al cabo recíprocas, y que la Francia prometía á la Prusia el apoyo de sus armas para mantenerla en todas sus adquisiciones pasadas y presentes incluso el Hannover.

El 15 de febrero se firmó ese segundo tratado.

Así, pues, lo que la Prusia adelantó con querer modificar el pacto de Schoenbrun fué perder el aumento de territorio con que se le había convidado para el principado de Bareuth; verse en la indispensable necesidad de cumplir un acto sobrado expuesto, cual era el cierre de los ríos Elba y Wésér; en fin, la obligación de tener que confesar públicamente su acuerdo con los acontecimientos que iban á consumarse en Nápoles; digámoslo de una vez, la Prusia salió en aquella circunstancia con obligaciones de más, y con ventajas de menos.

Mr. de Haugwitz no pudo hacer más de lo que hizo, á no contentarse con que las cosas quedasen en el estado que antes de tratar tenían; y hubiera sido mucho más acertado, que tal era el modo de ahorrarse los compromisos de una alianza mal amasada y nada sincera. Ciertamente es que entonces no se habría alcanzado el prestigio de una conquista espléndida, hartamente útil para que quedaran escondidas en aquel momento todas las miserias de la política prusiana (1). Como quiera, Mr. de Haugwitz no quiso ser personalmente el mensajero de ese triste fruto de las tergiversaciones de su corte, y con él despachó á Berlín á Mr. de Lucchesini, ministro de la Prusia en París. No entraba en sus miras el solicitar la adopción de una obra echada á perder, ni menos el cargar con la responsabilidad de la resolución que era forzoso tomar; antes se propuso dejar á su soberano, á sus colegas y á la familia real, ya que de un modo tan indiscreto intervenía ella en los negocios del Estado, el cuidado de op-

(1) No, esa conquista no llevaba ni aun el prestigio de la novedad, ni podía servir para cubrir las miserias de la política prusiana, que todas esas razones nos sugiere el lenguaje del historiador, diciéndonos que la corte, el rey y el pueblo, todo el mundo murmuraba contra el tratado de Schoenbrun, y por tanto contra la adquisición del Hannover, por lo menos cuando les costara el Anspach, Cleves y Neufchatel. Es así que de este segundo tratado sale la Prusia mucho más castigada, luego ¿dónde está el secreto de semejante prestigio, ni cómo se ha de creer en Berlín que es ya conquista espléndida la que alcanzan á tan duras penas?

(N. del T.)

tar entre el tratado de Schoenbrun mucho más desventajoso que antes, y la guerra; como que ninguna duda quedaba ahora en que si á Napoleón se le salía con una nueva repulsa, si acaso no la declarara al saber que se rehusaba su alianza, de tal manera trataría á la Prusia en todo cuanto dijera relación con los arreglos europeos, que inevitable se había de hacer un rompimiento no tardando.

Despachó, pues, á Berlín á Mr. de Lucchesini como subalterno suyo que era, tomando él á su cargo la embajada de Prusia en París, en lo que aquél estuviese ausente de ella. Encomendóle que llevase el tratado al gobierno de Berlín, y que le pintase fielmente el estado actual de las cosas en Francia, no menos que las verdaderas intenciones de Napoleón, las cuales irían arregladas á la conducta que con él se tuviera, pues sería un aliado poderoso y sincero, más que su genio emprendedor le hiciera un poco incómodo, ó un enemigo terrible si se le ponía en el caso de tener que considerar á la Prusia como una nueva Austria. Mas Mr. de Haugwitz se guardó muy bien de decir á Mr. de Lucchesini que solicitase en su nombre la adopción del nuevo pacto; estaba ya fastidiado del cargo de una negociación que se había hecho demasiado ingrata, y hartamente de una responsabilidad que no le acarrea sino desazones.

Quedóse, pues, en París, en donde fué tratado con mucho agasajo por Napoleón, cuyo extraordinario carácter estudiaba aquel diplomático con suma curiosidad, alcanzando cada vez más la persuasión de la bondad de su propia política, y de los intereses presentes y futuros que la Prusia y la Francia comprometían, cada una por su parte, y por no acertar á comprenderse una á otra.

Por lo demás, todo marchaba en la Europa como podía desearse el dichoso vencedor de Austerlitz. El ejército que él había enviado á Nápoles bajo el mando aparente de José Napoleón, aunque en realidad había de mandar Massena, caminaba directamente á su objeto. La reina de Nápoles, queriendo desvanecer de nuevo la tempestad que sus propios desaciertos habían levantado, imploraba el auxilio de todas las cortes, mientras que el cardenal Ruffo y el príncipe heredero de la corona corrían á verse con José á fin de ajustar con él cualquier tratado, cualesquiera que fuesen las condiciones. José, que no podía apartarse de las órdenes imperiales de su hermano, no quiso oír al cardenal Ruffo, y aunque acogió con cortesía las instancias del príncipe Fernando, no por eso detuvo su marcha contra Nápoles. El ejército francés, compuesto de cuarenta mil hombres, pasó el Garigliano el 8 de febrero, y siguió su marcha dividido en tres cuerpos. El que llevaba la derecha iba bajo las órdenes del general Reynier, y fué á sitiar la plaza de Gaeta; el del centro le mandaba el mariscal Massena, y se dirigió contra Capua; en fin, el tercero, que formaba la izquierda, iba á cargo del general Saint-Cyr, marchando por la Pulla y los Abruzos hacia el golfo de Tarento. Cuando la noticia de ese movimiento llegó á oídos de los ingleses, fué tal la precipitación con que se echaron á la mar, que por poco no comprometieron la suerte de sus aliados los rusos. La corte de Nápoles se refugió en Palermo, llevándose todo cuanto dinero existía en arcas, y aun lo de la caja del Banco. El príncipe real se retiró al centro de la Calabria con lo más florido de los restos del ejército na-

politano. Fueron despachados á Capua dos señores napolitanos para ajustar la rendición de la capital, y mediante pacto extendido á este efecto, José, escoltado por el cuerpo de Massena, se presentó á las puertas de Nápoles, penetrando en esa ciudad el 15 de febrero, sin que el orden fuese alterado, porque ninguna resistencia opuso la población de los *lazzaroni*.

La plaza de Gaeta, aunque comprendida en el convenio de Capua, no quiso entregarla el príncipe de Hesse Filipstad, bajo cuyo mando estaba; antes declaró que la defendería hasta derramar la última gota de su sangre. Esa plaza, que es un segundo Gibraltar, y se arrima al continente italiano nada más que por un istmo, permitía en efecto una larga resistencia. El general Reynier arrebató con inimitable audacia las posiciones exteriores, ocupándose después en encerrar al enemigo dentro de la plaza, mientras se le enviaba el material necesario para poner el sitio en toda regla.

Dueño era ya José de Nápoles, y apenas quedaba allanada con eso una de las mil dificultades en que había de tropezar. Aun cuando no pareciera sino en calidad de lugarteniente de Napoleón, todo el mundo le designaba ya como rey de aquel nuevo reino. Encontró el Tesoro sin un maravedí; las municiones militares también habían sido arrebatadas enteramente, y los principales empleados andaban fugitivos; de suerte que era preciso crear el ramo de la Hacienda, y al mismo tiempo la administración de ella. No carecía José de inteligencia, ni tampoco de atractivo; pero privado estaba enteramente de la prodigiosa actividad que tanto resplandecía en su hermano, y que tan necesaria se hacía entonces para fundar un gobierno en aquella capital.

Con todo, al instante puso manos á la obra. Los grandes del reino, más ilustrados que el resto de la nación, como sucede en todo país poco civilizado (1), se habían visto muy maltratados por la reina, que les acusaba de demasiado afectos al liberalismo, y que les amenazaba con el furor de los ignorantes y fanáticos *lazzaroni* si no cambiaban de opiniones: recurso ordinario del trono que se apoya por todas partes en el populacho para mejor ejercer su imperio contra los grandes, siempre que éstos pretenden resistir á la voluntad de aquél. Los grandes, pues, acogieron muy bien la instalación de ese gobierno nuevo, del cual llegaron á prometerse una administración juiciosa y reformadora, con más, el propósito de proteger con igualdad á todas las clases del Estado.

Como con tan buenas disposiciones los viera José, desde luego puso todo su estudio en atraérselos, de paso que salía amenazando á los *lazzaroni* con castigos ejemplares; verdad es que el nombre de Massena era muy suficiente para llenar de espanto á los perturbadores. El temporal arrojó al puerto de Nápoles una fragata y una corbeta napolitanas con varios buques de transporte, procurando así el recobro de algunas municiones y de valores no poco importantes. Armáronse por consiguiente los fuertes; impusieron contribuciones, y un corso muy hábil, el llamado Saliceti enviado por Napoleón, fué nombrado jefe de la policía. José pidió á su

(1) Con volver dos siglos más atrás se verá fácilmente el solemne error de esa consecuencia, y no sólo en un país, sino en todos, comenzando por la Francia.

(N. del T.)

hermano algunos fondos para ayudar á cubrir las primeras necesidades.

Eugenio, virrey de la alta Italia, había recibido de manos del Austria los Estados venecianos, y su entrada en Venecia llenó de júbilo á todos los habitantes de aquella antigua reina de los mares, que consideraban su incorporación á un reino italiano constituido sobre principios equitativos, como una especie de compensación á su pérdida independenciosa. El cuerpo del general Marmont, que ya había descendido de los Alpes Estirios á la Italia, se encaminaba hacia el Isonzo, y formaba una como reserva dispuesta á invadir la Dalmacia, siempre que necesaria se hiciera la reunión de esas nuevas fuerzas. El general Molitor había marchado también con la mayor diligencia para la Dalmacia, á fin de ocupar con su división un punto que Napoleón tenía por de mucha importancia á causa de su posición tan vecina del imperio turco. En la ciudad de Zara, capital de la Dalmacia, se encontraba ya aquel general; pero aún le restaba atravesar un gran trecho de costa, hasta llegar á las famosas embocaduras del Cáataro, punto del Adriático el más meridional, el de mayor consecuencia, y en el cual deseaba verse cuanto antes á fin de contener por medio del terror de su llegada á los montenegrinos, hombres pagados por la Rusia desde muchos años atrás.

En cuanto á la corte de Viena que tanto ansiaba el ver fuera de su territorio á las armas francesas, dispuesta estaba á ejecutar fielmente el tratado de Presburgo. Esa corte arruinada en la última guerra, que era la tercera desde que la revolución francesa estalló, y llena por otra parte de espanto tras los desastres sufridos en Ulm y en Austerlitz, sin duda que no renunciaba á la esperanza de poder alzar cabeza en su día; pero por entonces estaba resuelta á ordenar de la mejor manera posible sus rentas, y á dejar que transcurrieran algunos años, antes de tantear de nuevo la fortuna de las armas. El archiduque Carlos, nombrado ya ministro de la Guerra, había recibido el encargo de describir un nuevo sistema de organización militar, que procurase sin una considerable rebaja de fuerzas cuantas economías se estaba en el caso de obtener. Entretanto, con cuidadoso celo se mostraba aquel gobierno en el exacto cumplimiento del último tratado de paz, pagando ya en metálico, ya en letras, la contribución de los cuarenta millones, ayudando al transporte de los cañones y de los fusiles cogidos en Viena, á fin de que más pronto fuera la evacuación sucesiva de las tropas francesas, y que había de haberse cumplido el 1.º de marzo con el abandono de Braunau.

Napoleón que había dejado á Berthier en Munich para que atendiese al retorno del ejército, retorno que debía ejecutarse cómoda y lentamente, tenía además ordenado á ese fiel ejecutor de todas sus voluntades, que se detuviese en Braunau y no restituyese aquella plaza hasta estar cierto de haber sido puesto en manos de los franceses el célebre Cáataro. También hizo que Ney con sus tropas se estableciese en el país de Salzburgo, manteniéndose en él todo cuanto tiempo fuera posible, y á expensas de una provincia destinada á entrar bajo la dominación austriaca.

El cuerpo del mariscal Soult había quedado sobre el Inn cubriendo por un lado el archiducado de Austria,

por el otro la Baviera, y viviendo á costa de ambos países. Las divisiones de los mariscales Davout, Lannes y Bernadotte, carga ya muy pesada para la Baviera, y de la cual comenzaban á fastidiarse los habitantes, acababan de ser dirigidas para los países nuevamente cedidos á los príncipes alemanes nuestros aliados; pero que como no se había prescrito el término fijo dentro del cual se debía cumplir su entrega, dependiente aún de arreglos contenciosos, suministraban un pretexto fundado para mantenerse en ellos por algún tiempo. Por tanto, la provincia de Anspach, cedida por la Prusia á la Baviera, fué ocupada por el cuerpo que mandaba Bernadotte. No le faltaban allí ni espacio para revolverse á sus anchas, ni medios para subsistir. El mariscal Davout pasó con sus tropas al obispado de Aichstedt y al principado de Cetingen. La caballería fué también distribuída entre esos diferentes cuerpos. Los que no se encontraran en país sobrado extenso para adquirirse los mantenimientos necesarios, estaban autorizados á invadir los principados de la Suabia, cuya existencia quedaba harto problemática desde el tratado de Presburgo, habiéndose exigido nueva reforma de la constitución germana. Las tropas de Lannes, distribuídas entre el mariscal Mortier y el general Oudinot, quedaron acantonadas en Suabia. Los granaderos de Oudinot marcharon por medio de la Suiza á tomar posesión del principado de Neufchatel. En fin, el cuerpo de Augereau con la división Dupont y la bítava del general Dumonceau fué á sentar sus reales en los contornos de Francfort, ya pronto á marchar contra la Prusia si los últimos ajustes concluídos con esta potencia no produjesen una armonía sincera y definitiva.

No podía ser más brillante el estado en que se encontraban esos diversos cuerpos. Comenzaron á resentirse del descanso en que se les había tenido; pero se reponían con la llegada de los nuevos reclutas que incesantemente salían de los depósitos de los mariscales Kéllermann y Lefebvre, establecidos á orillas del Rhin. Nuestros soldados estaban en cuanto cabe más aptos para la guerra que antes de comenzar la última campaña, y sobre todo soberanamente envanecidos de sus recientes victorias. Mostrábanse humanos para con los pueblos de la Alemania, aunque á decir verdad con los cascos algo ligeros, y cacareando con demasía sus hazañas; pero fuera de eso eran sociables hasta el extremo, y ofrecían un contraste muy singular al lado de los alemanes auxiliares, que trataban á sus compatriotas con mucha más dureza que nosotros mismos. Napoleón, por un espíritu de economía útil á su ejército, pero desgraciadamente perjudicial á su política, no consentía que se le pagara al soldado sino una parte de su prest, reteniéndole la otra en beneficio suyo y con ánimo de restituírsela cuando regresara á Francia. Exigía que el país que ocuparan sus tropas suministrase cuantos víveres fuesen necesarios á su subsistencia en lo que bastase á suplir la parte del sueldo que se les retenía, y esa era una carga muy gravosa para los habitantes. Si se hubiesen pagado los alimentos, la presencia de nuestras tropas en lugar de ser incómoda habría sido muy ventajosa; y la Alemania sabedora de que la coalición era la causa de que nosotros ocupásemos su suelo, lejos de mirarnos con descontento, nos hubiera manifestado sus simpatías. Era, pues, una economía muy mal enten-

dida, y el beneficio que de ella resultara para el ejército no igualaba con los males que pudieran surgir de las privaciones y padecimientos de los países ocupados. Todavía hacía Napoleón que se retuviese el importe aplicado al vestuario, con la idea de dar á sus soldados uniformes nuevos en cuanto pasaran el Rhin para concurrir á las fiestas con que se pensaba obsequiarles en París. Por lo que toca á las tropas, contentas estaban con esas medidas, y resignadas y alegres vestían sus uniformes raídos, y alegres y resignadas recibían la corta suma que se les distribuía, diciéndoles que en regresando á Francia entrarían con uniformes nuevos, y con abundantes ahorros para sus francachelas.

Verdad es que si los pueblos se quejaban de la dilatada mansión de nuestras tropas, los príncipes no habían dado con mejor medio que solicitar su presencia como un gran favor; porque nada tan atroz como las violencias, los despojos que se permitían los gobiernos alemanes, y sobre todo aquellos que se consideraban los más fuertes. El rey de Baviera y el gran duque de Baden se habían apoderado de los bienes de la nobleza inmediata, y aunque procedieron en este punto sin el menor miramiento, su conducta ligera tuvo mucho de humana comparada con la violencia del rey de Wurtemberg, que llevó su codicia hasta el punto de allanar y saquear todos los señoríos, ni más ni menos que en el tiempo en que el grito de la Francia era: *¡Guerra á los señores y paz para los pobres!* Sus tropas entraban en los dominios de los príncipes, sitos en el territorio de sus Estados, bajo pretexto de confiscar los bienes de la nobleza inmediata, como por ejemplo en Brisgau donde aquel rey no tenía sino una muy corta porción de terreno, siendo destinado todo el resto á la casa de Baden, y sin embargo todo él fué ocupado. A no hallarse allí las tropas francesas, de seguro se habrían hecho la guerra Wurtemberg y Baden.

Sobrado había previsto Napoleón todas esas discordias entre los príncipes alemanes grandes y pequeños, y por eso constituyó en árbitros de sus disputas á monsieur Otto, su ministro en Munich, y á Berthier. Los príncipes de menor poder habían concurrido á Munich donde pareció haberse instalado la Dieta de Ratisbona, ante la cual solicitaban la justicia de la Francia, y aun la permanencia de las armas francesas en sus principados, no obstante lo onerosa que les era. Por todas partes surgían contiendas tan intrincadas, que casi no permitían una solución plausible, á no buscarla en una reforma completa de la constitución germana. Mientras tanto, nuestros soldados eran los que guardaban todos los puntos litigiosos, y todos quedaban sometidos al arbitraje de la Francia y de sus ministros, pero no por eso se crea que Napoleón se aprovechaba de aquel conflicto para prolongar la ocupación de la Alemania, antes se le hacía tarde el regreso de su ejército, deseando verle reunido cuanto antes en París, y no esperaba para verificar su retirada sino á que se le entregara la Dalmacia, y una respuesta definitiva de la corte de Prusia.

Puesto el gabinete de Berlín en la necesidad de pronunciarse sobre el tratado de Schoenbrun tan modificado ya, fué preciso abrazar un partido. Aceptó, pues, el tratado mucho más desventajoso tras los retoques que hubo de recibir en Berlín y después en París, y aceptó

con la vergüenza en el semblante y la ingratitud en el fondo de su alma ese don del Hannover que en otro tiempo habría visto con el mayor contento. ¿Qué otro recurso le quedaba en efecto? Forzoso era conformarse con las exigencias de la Francia, ó resignarse á sustentar con ella una guerra muy próxima, guerra que el ejército pedía á voz en grito con mucha fanfarronada; pero guerra que sus jefes más cuerdos, y que el rey sobre todo, temían como la más funesta de las pruebas á que la suerte quisiera ponerlos.

Sobre optar por la guerra, habría sido preciso resolverla cuando Napoleón se alejaba de Ulm marchando por la vallejonada del Danubio, cayendo á su retaguardia, mientras que los austro-rusos concentrados en Olmutz le atraían á la Moravia; pero entonces no se hallaba el ejército prusiano en pie de guerra, y después del 2 de diciembre, esto es, cuando pasó Mr. de Haugwitz á verse con Napoleón, ya era demasiado tarde. ¡Cuánto más tarde ahora que los franceses, reunidos en Franconia y en Suabia, están, por decirlo así, á las puertas de la Prusia; ahora que los rusos han huído al centro de la Polonia y que los austriacos se encuentran enteramente desarmados!

No quedaba, pues, más arbitrio que aceptar el Hannover bajo las condiciones impuestas por la Francia, y en verdad que ese modo de comenzar una alianza íntima sobrado tenía de peregrino. La ratificación del tratado de 15 de febrero ocurrió en 24 del mismo mes. Mr. de Lucchesini volvió inmediatamente á París con aquella ratificación y Mr. de Haugwitz por su parte se puso en camino para Berlín, muy satisfecho de los agasajos que de Napoleón había merecido y no sin prometerle de nuevo que la alianza de la Prusia había de ser leal; pero también interiormente atormentado de los dolorosos trances que le estaban reservados en su carrera, al ver las tantas dificultades que entonces surgían en toda la Alemania, sobre todo entre aquellos príncipes prosternados á los pies de la Francia para salvarse de las exacciones y de las violencias de otros de su clase más poderosos ó más favorecidos. Llegó, pues, Mr. de Haugwitz á Berlín y encontró al rey entregado á una tristeza desesperada, y sobre todo lamentándose de los compromisos en que le ponía la camarilla, más exaltada ya, más destemplada que nunca. La audacia de los descontentos subió hasta el punto de pasar en la noche á la morada de Mr. de Haugwitz y romperle las vidrieras á pedradas, siendo los perturbadores soldados, según la voz pública, aunque errada anduviera haciéndolos agentes del príncipe Luis. Con aparente desdén hubo de pagar Mr. de Haugwitz esas demostraciones, ya que muy insignificantes en los países libres, en los cuales se toleran tanto cuanto se desprecian los excesos de la plebe, extrañas y de gravedad en una monarquía absoluta, sobre todo cuando se puede achacarlas á la tropa. Por asunto muy serio le tomó el rey y anunció públicamente su intención de no dejarle sin castigo, dando órdenes formales para que se pasara al descubrimiento de los criminales, aunque la policía, ya fuese cómplice, ya impotente, no llegó á descubrirlos. Agriado con eso el rey, enseñó toda la entereza de su voluntad en términos que impuso un imponderable terror á los descontentos y á la misma reina, haciéndola entender que su resolución era irrevocable porque así lo exigía la salvación del tro-

no, y que era menester que toda su familia y servidumbre mantuviesen un porte conforme con su política. Así fué, y moderada se mostró la corte durante algún tiempo, porque la reina dió ese mismo ejemplo, como tan interesada en todo cuanto pudiera cumplir al bien de su esposo.

Mr. de Hardenberg dió su dimisión de ministro. Ese personaje era ya el ídolo del partido de la guerra, aun cuando como hechura de Mr. de Haugwitz fuera un día su partidario, su modelo y el apóstol más fervoroso de la alianza francesa, sobre todo en 1805, cuando Napoleón ofrecía el Hannover á la Prusia desde su campo de Boloña. No había entonces para Mr. de Hardenberg gloria tan grande como la de asegurar á su país la extensión de aquel territorio, y se dolía ante los plenipotenciarios franceses de la irresolución de su rey, demasiado lento en su sentir, para pronunciarse de una vez por la Francia. Como se desbaratara después aquel proyecto, en brazos de la Rusia se echó al instante ese ministro con la impetuosa vehemencia de un carácter destemplado, y como no acertara á corregir ese desacierto, se deshacía en improprios contra la Francia. Cuando Napoleón llegó á saber semejante porte, quiso vengarle incurriendo también en un desacierto que se renovó varias veces, esto es, en hablar mal de Mr. de Hardenberg en sus boletines, dirigiéndole alusiones insultantes, entre otras la de vendido al oro inglés. Era injusta esa acusación; tan lejos estaba Mr. de Hardenberg de haberse vendido á la Inglaterra, como Mr. de Haugwitz á la Francia. Era una indecencia esa acusación estampada en los partes oficiales, y que pregonaba en demasía la licencia del soldado vencedor. En fin, esa acusación fué la que hizo que Mr. de Hardenberg alcanzara la inmensa popularidad de que llegó á gozar. El rey aceptó su dimisión con testimonio de quedar muy satisfecho de sus servicios, aunque no por ello dejara de pasar entre el público con el carácter de una desgracia política.

Pero ya que Federico Guillermo apartara de los negocios á Mr. de Hardenberg, también salió dando á Mr. de Haugwitz un colega muy parecido á aquél en la persona de Mr. Kéll que la camarilla contaba en sus filas, y que públicamente se alababa de que aceptaba el ministerio para ser el espía de su jefe. Eso fué dar una especie de satisfacción al partido enemigo de la Francia; porque si en los gobiernos libres ocurren casos en los cuales preciso es rendirse á las exigencias de la oposición, otro tanto sucede en los gobiernos absolutos. Aun iba más lejos Federico Guillermo, pues andaba en busca del medio de vivir en buena armonía con la Rusia, á cuyo gabinete quería explicar leal y honrosamente las interesadas inconsecuencias en que había caído.

Mucho se escasearon las comunicaciones entre Berlín y San Petersburgo desde la batalla de Austerlitz. Después de las baladronadas de Potsdam, humilladísima debió sentirse la Rusia en su derrota, y no sería menor la confusión de la Prusia recordando el juramento prestado sobre los manes de Federico el Grande, de suerte que entre aquellos dos gabinetes nada por entonces tan conveniente como una especie de desvío silencioso. Sin embargo, la Rusia fué la primera que rompió ese silencio declarando que sus armas estaban al servicio de la Prusia toda vez que llegara á divulgarse el tratado de

Potsdam y que diera margen á la guerra. No volvió á decir ninguna otra palabra, ni la Prusia se dió tampoco por entendida.

Al cabo había que venir á parar en una explicación. El rey se empeñó en que el anciano duque de Brunswick pasase á San Petersburgo, oponiendo la gloria de su nombre á las reconvenções que no podía menos de provocar la conducta observada por la Prusia así en Schoenbrun como después en París. Ese respetable príncipe, tan afecto á la casa de Brandeburgo, no pudo resistir á las instancias, y en camino se puso para la Rusia no obstante su avanzada edad. No iba en ánimo de confesar abierta y francamente que por fin se había adoptado la alianza francesa, cosa tal cual difícil, pero que valiera mucho más que no la continuación de ambigüedades sobrado funestas ya; lo que se proponía decir era que si la Prusia había aceptado el Hannóver ningún otro fin había tenido sino el verle fuera de la dominación francesa, ahorrándose así el sentimiento, el disgusto de que los franceses volvieran á invadir el Norte de la Alemania; y que si se había pasado por la palabra *alianza*, sólo era para evitar la guerra, cuanto más que en esa expresión no entendía la Prusia otra cosa que neutralidad; que la neutralidad era lo que había de más interesante para los unos y los otros; que ni la Rusia ni la Prusia podían ganar cosa alguna en la guerra; que con obstinarse en este sistema de hostilidad enconada, lo único que se adelantaba era aventajar el monopolio mercantil de la Inglaterra, si acaso no fuese también un medio de asegurar la dominación continental de Napoleón. Tal era el lenguaje que el duque de Brunswick debía tener en San Petersburgo.

Conviene que volvamos ahora una mirada hacia ese joven emperador que, arrastrado á la guerra por pura vanidad y contra las aspiraciones secretas de su razón, hizo en Austerlitz un tan triste aprendizaje de las armas. No dió margen á que se hablara mucho de él en los tres últimos meses, porque la vergüenza de su derrota quiso pasarla oculta lejos del centro de su imperio.

En Rusia todo el mundo alzaba la voz contra la cetera de jóvenes que gobernaban y comprometían el imperio. Y esos jóvenes, colocados unos al frente del ejército, otros al frente de los negocios, recíprocamente se acusaban, los del partido de los Dolgorouki á los del partido de Czartoryski, haciéndolos causantes de su ruina por la vil conducta observada con la Prusia, violentada decían ellos, irritada contra nosotros cuando más importaba contemplarla, y que por eso se había negado á entrar en la liga, y por eso el mal éxito de la empresa. Sólo el interés particular ha podido inspirar semejante conducta, añadían; el deseo de arrancar á la Prusia las provincias polacas para reconstituir la Polonia, ilusión deplorable que hacía con toda evidencia del príncipe polaco Czartoryski un traidor á su soberano.

Ese príncipe y sus amigos sostenían, y con mayor fundamento, que los verdaderos reveses de la Rusia no provenían sino de esos militares presumidos, de esos militares fatuos que no supieron esperar en Olnütz el término convenido para la intervención de la Prusia, sino que se apresuraron á ofrecer la batalla y á poner su inexperiencia de veinticinco años contra la ciencia del caudillo más famoso de los tiempos más modernos.

Y contra ambos partidos gritaban los rusos, y Ale-

jandro, que se decía manejado hoy por la juventud del uno, mañana por la del otro, era en su imperio un objeto de ninguna ó muy poca consideración entre sus súbditos.

Mucho fué el desaliento de ese soberano en los primeros días que sucedieron á su derrota, y sin el príncipe Czartoryski, que salía recordándole con frecuencia el sentimiento de su dignidad, público hiciera el profundo abatimiento de su alma. Aunque Czartoryski no estuviera exento de esa parte de inexperiencia común á todos los jóvenes que gobernaban el imperio, no carecía de fondo ni de gravedad en todas sus miras. Era el principal autor de aquel sistema de arbitraje europeo que empeñó á la Rusia á tomar las armas contra la Francia; sistema que si entre los estadistas rusos no fué considerado sino como un velo bajo del cual había de pasar encubierta su ambición nacional, el joven polaco no había entendido explicar más que como un pensamiento sincero y lealmente adoptado. Empeñábase en que Alejandro persistiese en él, y ya que quiera tacharse de suma vanidad el que haya jóvenes que aspiren á regentar la Europa, máxime en presencia de potencias que entonces se disputaban el imperio, todavía era más reprehensible la ligereza de abandonar tan de buenas á primeras lo que con temeridad tanta se había comenzado.

Czartoryski había dirigido al joven emperador, su amigo no ha mucho, y que empezaba ya á ser su amo, nobles y respetuosas amonestaciones, capaces de hacer la honra de un ministro en un país de libertad, y mucho más honrosas todavía para un ministro de un pueblo donde la resistencia al poder es un acto de fidelidad sobrado raro, y destinado cuando menos á bajar al olvido. Reconvinó en Alejandro su indecisión, sus condescendencias. «El Austria está abatida, le decía, pero aborrece al vencedor; la Prusia se halla dividida en dos bandos, pero al cabo tendrá que ceder al sentimiento alemán que vive en su alma. Aprended á conservar relaciones amistosas con esas potencias, y esperad el día en que una y otra estén en disposición de obrar. Hasta que ese día aparezca, ninguna necesidad hay de apresurarse; podéis dar largas y manteneros largo tiempo sin ajustar la paz y sin hacer la guerra, esperando de ese modo á que las circunstancias os permitan, ya el usar de las armas, ya el tomar un partido ventajoso. No ceséis de seguir unido con la Inglaterra, y pondréis á Napoleón en la necesidad de otorgaros lo que os debe (1).»

Alejandro, que con haber visto á Napoleón en el campo de batalla de Austerlitz, reconoció profundamente su inmenso poder, respondía al príncipe Czartoryski, diciendo: «Cuando nos empeñamos en lidiar con ese hombre, no otra cosa parecemos sino niños que pretenden medirse con un gigante.» Y añadía que sin el auxi-

(1) ¿Es posible que el príncipe Czartoryski haya usado de semejante lenguaje con el emperador Alejandro, sobre todo en lo que dice relación con la Prusia? Otro muy distinto le supone Thiers en la pág. 682 de este tomo, lib. XXII. Czartoryski allí aborrece de todo corazón á la Prusia; aconseja á Alejandro que no guarde con ella miramiento ninguno; que si no le cede el paso de sus tropas por bien, invada su suelo y le arrase; cosas que el historiador francés encontró muy naturales; y ahora quiere ese mismo Czartoryski que Alejandro *contemple* á la Prusia no menos que al Austria, y ni siquiera teme que su soberano le tape la boca diciéndole: «O en Pulawi fuiste un necio, ó lo eres aquí; escoge y apártate de mi lado.» (N. del T.)

lio de la Prusia era imposible renovar la guerra, porque en faltando esa potencia no había probabilidad ninguna de un éxito venturoso. El ejército prusiano merecía un alto concepto en sentir de Alejandro, por la sencilla razón de que Napoleón no le había vencido todavía; en efecto, era entonces ese ejército la ilusión, la esperanza de la Europa. Por lo que hace á la Inglaterra, no se prometía de ella el joven emperador un apoyo muy eficaz temiendo que la muerte de Pitt, anunciada como un hecho cierto, y que la subida de Fox al ministerio, que se daba por muy inmediata, ya que no apagara en el alma de los ingleses el odio con que miraban á la Francia, por lo menos le apartaría de sus miras políticas. Sin embargo, esas amonestaciones del príncipe Czartoryski, despertando el orgullo de Alejandro, habían influido muy mucho en el ánimo de ese soberano, y fué hasta formar el firme propósito de no rendir su espada á Napoleón hasta que pagara bien el deseo. Con todo, y aunque de mucho provecho le fueran las lecciones de su joven censor, también le importunaban, y ya andaba en busca de un personaje complaciente é inepto entre los ancianos de su imperio, á fin de que su avanzada edad sirviese de pantalla á sus voluntades personales y que supiese ejecutarlas con rendida sumisión. Decíase que su favor se dirigía á la persona del general Budberg.

Como quiera, no por eso dejó de seguirse á la letra la conducta que Czartoryski acababa de aconsejar. Entróse de nuevo en relaciones con el Austria, como si ya estuviese olvidada la frialdad observada en Holitsch, y se le mostró á esta potencia un cumplido sentimiento por sus desgracias, una excesiva consideración por lo que respecta al poder que le quedaba; aun se llevó la urbanidad hasta el punto de tomar por su cuenta el gabinete de San Petersburgo el cuidado de mover al de Londres para que se le pagase al Austria el subsidio de un año, aun cuando la guerra no había durado sino tres meses. En cuanto á la Prusia, se procuró evitar todo cuanto pudiera agriarla, pero guardándose de aprobar sus actos. En los primeros días del mes de marzo entró en San Petersburgo el duque de Brunswick, donde se le hizo un recibimiento magnífico, dispensándole toda suerte de atenciones que parecían dirigidas á su persona, á su edad, á su gloria militar, y de ninguna manera á la corte que ese personaje representaba.

No se le consideró así desde que se puso á tratar oficialmente los asuntos políticos, antes se le dijo que no era de aprobar la conducta de la Prusia aceptando el Hannóver de manos del enemigo de la Europa; y que por otra parte, la paz que ella había ajustado con la Francia no podía dejar de ser falsa, inestable y poco duradera, y que la Prusia se vería muy pronto obligada á una resolución por tanto tiempo diferida, esto es, á desnudar la espada de Federico el Grande. «En llegando ese caso, dijo Alejandro al duque de Brunswick, yo mismo serviré á vuestras órdenes y tendré á mucha honra el aprender el arte de la guerra en vuestra escuela.»

Sin embargo, luego se trató de arrastrar al duque á una negociación que debía quedar en el mayor secreto. Con pretexto de que la Francia no había de observar fielmente las condiciones de la alianza, se le dijo al duque cuánto importaba el ajustar una segunda alianza

con la Rusia, por medio de la cual, y en caso de que el aliado francés diese motivos de descontento, podría la Prusia recurrir á su aliado ruso, el cual pondría á su disposición todas las fuerzas del imperio moscovita. Ahí no se le convidaba á la Prusia con nada menos que con una traición contra la Francia. El duque de Brunswick, que ante todas las cosas atendía á que los ánimos quedasen bien dispuestos en San Petersburgo en favor de la Prusia, consintió, no en concluir un pacto semejante, porque no estaba autorizado para ello, sino en que sometería la proposición á su rey; por cuya razón se convino en que la negociación quedaría abierta y que seguiría á escondidas de Mr. de Haugwitz y por conducto de Mr. de Hardenberg, ese mismo ministro que, si desgraciado en apariencia, continuaba bajo mano tratando y resolviendo los negocios más importantes de la monarquía.

En tanto que la Prusia hace cuanto puede para sincerarse con la Rusia, no descuida tampoco el medio de ver cómo disculpar en Londres la posesión del Hannóver. Nada tan peregrino como el manifiesto que ella dió al pueblo hannoveriano y el pliego que con este motivo dirigió al gabinete británico. Al pueblo hannoveriano le decía que con todo el pesar de su alma entraba en posesión de aquel Estado; posesión que le costaba un sacrificio demasiado amargo, la pérdida de sus provincias del Rhin, de la Franconia y la Suiza; pero que por eso y más pasaba á trueque de asegurar la paz á la Alemania y ahorrar al Hannóver la presencia de los ejércitos extranjeros. Tras esas palabras, desnudas de franqueza y de dignidad, entraba la Prusia diciendo á la Inglaterra que no era ella quien la despojaba del Hannóver, puesto que le recibía de manos de Napoleón como país conquistado por él; pero que le aceptaba contra su voluntad y como por vía de una permuta impuesta por la fuerza contra provincias que eran el objeto de su predilección; que todo eso no era sino una de las consecuencias de la guerra imprudente que la Prusia estuvo reprobando siempre, y guerra emprendida contra su parecer, por cuya razón á sí mismos deberían culparse de tales resultados los que voluntariamente la provocaron, yendo á combatir inopertamente á un poder colosal que desnudaba á los unos para vestir á los otros, y que de la misma manera atropellaba á los que favorecía con sus dones como á los que despojaba de sus Estados.

No se dió la Inglaterra por satisfecha con esas razones, antes contestó en otro manifiesto en el cual se des hizo en invectivas contra la corte de Prusia, llamándola vil esclava del yugo de Napoleón, indigna de que nadie la diera oídos, y tan despreciable por su codicia como por su servil dependencia. Sin embargo, como el gabinete británico no quisiera que la nación le acusase de buscarse gratuitamente un enemigo más, y sin otro interés que el que exclusivamente podía invocar la familia reinante, con estudio añadió que sin duda se habría resignado á esta nueva invasión del Hannóver, como resultado inevitable de la guerra continental, si la Prusia se hubiese contentado con ocupar aquel país lisa y llanamente; pero que, pues esa potencia anunciaba el cierre de los ríos, expresamente había cometido un acto de hostilidad y en demasía perjudicial al comercio inglés, por cuya razón se le declaraba la guerra. En efec-